

CARLOS GARCIA GUAL: *La mitología. Interpretaciones del pensamiento mítico*. Montesinos, Barcelona, 1987.

Aburridas y artificiosas encontraba Sócrates las interpretaciones de los mitos al uso. Declaraba no envidiar a quienes a ello se dedicaban, y pensaba que los intentos por reducir esos relatos a una inteligibilidad coherente constituirían un tipo de sabiduría inútil. Carecía de tiempo para ello, y la razón aducida era que no había llegado a conocerse a sí mismo, tal y como el precepto delfico exigía.

No parece que esta actitud de Sócrates ante los mitos haya hecho fortuna entre nosotros. Desde la antigüedad clásica hasta nuestros días ha sido permanente la preocupación por desentrañar el sentido y el valor de estos relatos antiguos y prestigiosos, y, desde entonces, la óptica racionalista ha presidido el esfuerzo de interpretación.

Desde el comienzo de nuestra tradición filosófica el *gloomy side* de esos relatos, cuyo ámbito es la tradición oral, ha sido un reto permanente a la razón. Carlos García Gual ha sabido exponer con claridad las vicisitudes de ese reto en el que todavía estamos, y donde "el mito es contemplado desde una perspectiva que implica alejamiento y extrañeza, a la par que una cierta fascinación". Por ello, tanto antes como ahora, los intentos de definición de lo que el mito es, han sido desesperados, dada la gama infinita de sus connotaciones. Y, sobre todo, habida cuenta del carácter dramático y ejemplar de sus "argumentos", que, de manera casi totalmente invariable, tienen que ver con los aspectos más críticos de la vida de los hombres.

Para la Grecia clásica como para nosotros, los mitos carecen de transparencia. Constituyen un lenguaje cifrado que es necesario desentrañar. Desde el principio dieron origen a un esfuerzo hermenéutico que llevaba aparejado inevitablemente un empobrecimiento. "Toda hermenéutica —dice García Gual— entraña una pérdida del "aroma poético original", y del sentido religioso". Es como una traducción, tapiz visto del revés —según Cervantes— donde se aprecia el entramado de la composición y las figuras, pero se pierde el color. Desgraciadamente no ha podido ser de otro modo. Los mitos como realidad viva y actuante en la vida de los pueblos occidentales, hace mucho que desaparecieron para siempre. Ya para los sofistas "no

* Este artículo aparecieron originalmente en la *Revista de Occidente*, Madrid, Nº 81, febrero de 1988.

son otra cosa que reliquias fabulosas de un pasado ignorante que explicaba el mundo de un modo fantástico e infantil". Esas "ficciones de los antiguos" se han mantenido, no obstante, vigentes a lo largo de los tiempos, dando lugar a un permanente esfuerzo de interpretación. Jamás desaparecieron de la imaginación de los hombres. Ni siquiera durante las denominadas "edades oscuras" se perdió su memoria. "El Renacimiento —comenta García Gual— supone un redescubrimiento de los textos griegos y latinos, y con ello, la mitología adquiere una nueva importancia. Los antiguos dioses vuelven en triunfo alegórico. Pero vuelven como personajes que hubieran estado ocultos, y que de repente arrojan el antifaz, y se muestran tal como realmente son".

De esta manera, las formaciones míticas empiezan a fundirse en un gigantesco sincretismo que según Agnes Heller preparará en cierto modo el gusto por el universo comparativista del siglo XIX.

Sean paganos, judíos o cristianos, las figuras y los relatos míticos poseen una "naturaleza secreta" que es necesario desvelar. Verdad escondida que vendría a ser complemento de la realidad accesible a la percepción inmediata de nuestros sentidos.

Si del "hacedor de mitos" no quedaba recuerdo alguno en nuestras tradiciones, los descubrimientos geográficos, a partir precisamente del Renacimiento, ampliaron nuestra concepción de lo mítico. Por doquier llegaban informes de pueblos cuyos relatos, llenos de fabulaciones, recordaban de una manera u otra, a los de los antiguos griegos, y constituían una "experiencia vivida" de las poblaciones que los producían. Ficción y realidad, por así decir, se mezclan en un todo unitario en el día a día de esas gentes. Hijos de la fantasía, como los denominara más tarde Lévy-Bruhl, estos hombres primitivos, aportaban un contrapunto al esfuerzo hermenéutico sobre los mitos, dando origen, en buena medida, al modo de aproximación que desde entonces nos ha sido propio.

Uno de los méritos indiscutibles del trabajo de García Gual, es el de señalar ese aire de familia que la hermenéutica de los mitos ha tenido entre nosotros desde su aparición. Es como si desde un principio los mitos hubieran alentado, dada su inasequibilidad, el esfuerzo de la razón analítica por constituirse "en una *ciencia* de su interpretación, una ciencia hermenéutica un tanto insegura y variable, de dudoso prestigio".

Esa ciencia tomó como punto de partida la idea de que los mitos constituyen un lenguaje cifrado portador de un saber oculto, a primera vista ininteligible, que los entendidos pueden traducir al lenguaje mostrenco y normal de la expresión lógica. Los análisis que en el libro se dedican a ese permanente proceso de "secularización" del mundo mítico, al que la inteligencia occidental se ha entregado hasta hoy, ponen de manifiesto la carencia de un modo de comprender, expresar y sentir el mundo y la vida, distinto de la representación lógica.

Se podría decir que subyace en la obra una cierta consideración de los mitos alejada de la visión naturalista y científica de los mismos. "Un mito —afirma Carlos García Gual al comienzo de su estudio— no es una fábula ni una alegoría, y sólo desde una óptica racionalista podría definirse como una ficción". Su posición parece acercarse a la de Mircea Eliade cuando ve en los mitos la imagen de un "cosmos viviente, articulado y significativo", el ámbito privilegiado donde "el Mundo se revela como lenguaje". Lenguaje éste portador de sentido para los hombres, realidad "sagrada" que fundamenta su existencia. Por ello, y a pesar de evidencias razonables que hacen suponer un paulatino oscurecimiento de los mitos bajo el peso de las interpretaciones, el vigor intrínseco de los antiguos relatos hace que se "presenten en varias formas y en distintos ámbitos, desde el marco de la religión al de la literatura".

Para un helenista como García Gual parece inevitable el constatar la fuerza y vigencia de los mitos, pues sobre ellos la civilización occidental ha edificado lo mejor de su tradición literaria y artística. "Los mitos en el lenguaje y del lenguaje de la Hélade arcaica —dice G. Steiner— delinearon y cubrieron buena parte del suelo nativo de nuestro ser. El principio del retorno a las fuentes griegas, el *ricorso*, que es un impulso central en la literatura y el pensamiento occidentales, está implantado, por así decirlo, justo debajo de la superficie de nuestros actos lingüísticos".

Igualmente, sólo un helenista podía establecer la indudable conexión entre las hermenéuticas de los mitos que han estado vigentes a través del tiempo, y las que el mundo clásico generó. Y lo que todavía es más importante, el libro refleja la fidelidad de la tradición occidental a "ese preguntar de nuevo" que el mito y su transcendencia inauguran en la ya lejana cultura griega.

Rogelio Rubio Hernández